

Mas si se sitúan en su justo punto las dificultades, la lectura también invita finalmente a la reflexión, incluso a la comparación inevitable con el mundo actual; resulta sorprendente comprobar que siglos después se repiten las obsesiones que siempre han acompañado al hombre: la de medir el momento, o saber en qué lugar del espacio temporal se encuentra, la de observar el cielo buscando respuestas y la de predecir el mal tiempo.

ANA ISABEL MARTÍN FERREIRA

Teresa Martínez Manzano, *Constantino Láscaris. Semblanza de un humanista bizantino* (Nueva Roma 7), Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1998, 244 pp. y 13 láminas (ISBN 84-00-07761-X)

Esta semblanza de la personalidad y obra de Constantino Láscaris es la versión castellana de la tesis doctoral que escrita bajo la dirección de los profs. Athanasios Kambylis y A. Dieter Harlfinger de Hamburgo fue publicada en Alemania hace unos años por la autora, que se inició en el campo de la paleografía griega de la mano del prof. Antonio Bravo García en la Universidad Complutense de Madrid¹. La diferencia esencial entre ambas ediciones consiste en que en la española se presentan traducciones o resúmenes en castellano de textos que en la edición alemana figuraban en griego y en algún caso habían sido editados allí por vez primera. Esto hace necesaria la consulta de ambas ediciones para el especialista, puesto que aunque desde el punto de vista de la bibliografía sea preferible la utilización de la edición española, que ha sido corregida y ampliada con respecto a la alemana, esta última, más extensa, cuenta con la ventaja de ofrecer en su integridad textos que en muchos casos son simplemente parafraseados o mencionados en la española. Esta circunstancia reduce el impacto que podría haber tenido la edición castellana que, como veremos, es resultado de un trabajo minucioso y documentado, pero en donde los textos son utilizados en la medida en que es necesario para la exposición de cada apartado, sin darles una autonomía que permitiera su localización y análisis por separado. Un apéndice con una lista exhaustiva de las obras y opúsculos de Láscaris (incluidas cartas, colofones y glosas de cierta entidad) con sus correspondientes ediciones habría podido suplir esta deficiencia y permitido su rápida localización bien en la edición alemana de la autora bien en otras ediciones, sin afectar por ello al tono expositivo del trabajo, que es un recorrido comentado por la obra y vida de Láscaris.

El estudio consta de tres partes de diferente extensión. En la primera parte (pp. 3-28) se traza una breve biografía de Láscaris (1434-1501²), que es preciso reconstruir a

¹ T. Martínez Manzano, *Konstantinos Laskaris, Humanist, Philologe, Lehrer, Kopist (Meletemata 4)*, Hamburgo 1994.

² Parece claro que Láscaris debió de nacer en la primera mitad del año 1434 puesto que por dos suscripciones sabemos que tenía 62 años en Junio de 1496 y 66 en el año 1501.

partir de indicios tan diversos y fragmentarios como las suscripciones de sus códices, referencias esporádicas en la obra del bizantino o menciones a su trayectoria y persona en los escritos de humanistas italianos contemporáneos que lo trataron, especialmente Giorgio Valla y Pietro Bembo, a los que la autora dedica un apartado especial dentro del capítulo biográfico. De esta forma Martínez Manzano rastrea la actividad de Constantino Láscaris desde que abandonó Constantinopla en el 1453 como prisionero de los turcos. Las etapas de su trayectoria vital pasan en un primero momento por Tesalia, Rodas y Creta, para pasar luego a Italia, donde lo vemos en 1458 en Milán trabajando bajo el mecenazgo del duque Francesco Sforza. Abandonará la ciudad lombarda cuando era reciente su nombramiento oficial como profesor de griego en 1463 y se instaló en Mesina en 1466 después de un breve periplo por ciudades como Ferrara, Florencia y Nápoles, donde fue nombrado profesor de retórica por Fernando I de Aragón el 1 de junio de 1465. En Mesina pasaría el resto de su vida como profesor (salvo alguna pequeña estancia en Italia) gracias a la insistencia del humanista Ludovico Saccano. En el impecable panorama de la biografía que traza la autora es únicamente de lamentar que no se nos diga nada más concreto sobre algunas cuestiones y se remita a la bibliografía sobre el tema, como por ejemplo el testamento de Láscaris o la enseñanza del griego a los monjes basilianos del sur italiano³.

En la segunda parte se sigue de cerca el proceso de formación y transmisión de la biblioteca de Láscaris (pp. 29-81). Martínez Manzano hace un catálogo completo de los manuscritos que se pueden relacionar con la figura de Constantino Láscaris y que se hallan distribuidos en diversas bibliotecas europeas (pp. 32-45: un total de 149 volúmenes) y discute brevemente algunos casos de atribución problemática. El fondo más notable es el que llegó a la Biblioteca Nacional a través del embargo efectuado en 1711 de los libros del duque de Uceda, que se había hecho a su vez durante su virreinato en Sicilia (1687-1696) con los libros de la biblioteca de Láscaris, depositados entonces en Palermo. La autora sigue las conclusiones a las que llegó en tiempos Fernández Pomar⁴ e identifica más de ochenta manuscritos de Láscaris dentro del fondo de 99 mss. de Uceda, reconocibles con cierta facilidad gracias a su vistosa encuadernación verde de origen siciliano. Quizás si la autora hubiera incluido en su listado de mss. también una lista de los autores y obras contenidos en ellos, esto habría podido servir para reconstruir los intereses globales de un humanista como Láscaris a través de su biblioteca y permitido establecer conexiones con otros incunables o manuscritos de la Nacional contemporáneos de nuestro autor que pudieran haber estado en sus manos y

Si hubiera nacido en la segunda mitad de 1433, una posibilidad que la autora no parece excluir (p. 4), nunca habría podido tener 66 años en 1501.

³ La ignorancia del griego en la que vivían estos monjes no mejoró sensiblemente gracias a las enseñanzas de Láscaris, aunque todavía en época de Felipe II se hicieron esfuerzos para preservarla: M.C. Herrero Ingelmo, "Felipe II y el mantenimiento de la lengua griega entre los monjes basilios de Sicilia: un documento inédito", *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance* 54 (1992) 481-490.

⁴ J.M. Fernández Pomar, "La colección de Uceda y los manuscritos griegos de Constantino Láscaris", *Emerita* 34 (1966) 211-288.

no haber sido anotados o escritos por él. De hecho por las propias anotaciones y correspondencia de Láscaris sabemos de la existencia de libros y ediciones que formaron parte de su biblioteca y que podrían haber sido al menos inventariados en un capítulo de libros perdidos⁵. En cualquier caso el número de mss. en posesión de Láscaris es considerable para un simple particular, máxime si se considera que una buena parte de ellos fueron copiados por él mismo o sus colaboradores. Martínez Manzano analiza con detalle las distintas manos que intervinieron en el proceso de copia y distingue los autógrafos del autor de los mss. copiados por personas de su círculo (pp. 69-81)⁶, intentando también precisar, siempre que es posible, el momento de su adquisición. Sin embargo la autora no recoge sus conclusiones en un índice que permitiese valorar de un simple vistazo el proceso de formación de su biblioteca y se limita en muchos casos a extraer ejemplos significativos de cada fase o aspecto considerado, hurtándonos así valiosa información. Con todo, la exposición es documentada y rigurosa y sólo aprecio un pequeño lapsus cuando la autora afirma (p. 80) que “los humanistas bizantinos afincados en Italia pocas veces escribían en latín”, cuando en realidad lo que ha querido decir es que su escritura latina no se ha identificado siempre, ya que la labor de los humanistas griegos en Italia no se limitó como es sabido a la enseñanza del griego, sino a la propia recuperación del latín clásico (cf. las alabanzas de Guarino de Verona a Crisoloras por haber restaurado el latín en Italia) y son muchas las obras en latín impresas de humanistas griegos.

La parte tercera del estudio es el verdadero núcleo del trabajo y su aportación más valiosa, pues hace un repaso a toda la obra de Láscaris de acuerdo con sus contenidos en nueve capítulos que van creciendo en interés según se avanza en la lectura (pp. 85-188). La autora combina la exposición con la traducción y comentario de los opúsculos o de pasajes significativos de su obra. Muchas veces Martínez Manzano tiene que abordar complejos problemas de *Quellenforschung* a la hora de determinar la originalidad o no de determinados opúsculos copiados por el bizantino y que forman parte de una larga cadena de textos exegéticos y divulgativos a través de los cuales se difundía el saber antiguo en Bizancio. El problema es delicado pues el uso abierto que los auto-

⁵ A lo largo del trabajo la propia autora hace alusiones a una serie de libros que sin duda estuvieron en manos de Láscaris, como la edición príncipe de la *Antología* de Juan Láscaris (p. 184, nota 3 - la autora piensa que no se puede identificar con certeza con el Matr. inc. 1620 porque contrariamente a lo que dice G. de Andrés, *Catálogo de los manuscritos griegos de la Biblioteca Nacional*, Madrid 1987, los ff. III-IV de este códice no son de mano de Láscaris, sino de la de “un colaborador suyo”, lo que lo situaría sin embargo en su entorno y probablemente en su biblioteca), un ejemplar de Estrabón que sin duda manejó (p. 196), una edición de las versiones latinas de Plutarco de Rinuccini y Guarino de Verona impresas en 1485 y 1498 (p. 197), un ejemplar de la edición aldina del vol. V de las obras de Aristóteles (pp. 206-207, tal vez identificable con el Matr. inc. 2285) o la edición de Homero de Calcondiles de 1488, ya que Láscaris pensaba editar la *Iliada* (p. 211).

⁶ A través de los copistas que trabajaron en algunos casos tanto para Láscaris como para otros humanistas reconstruye las relaciones que nuestro bizantino sostuvo con éstos.

res bizantinos hacían de este tipo de textos hace que términos como “autoría” u “originalidad”, según los planteamientos modernos que hoy hacemos de ellos, carezcan en el fondo de sentido. La única valoración que es entonces pertinente, y por ese camino sigue la autora, es la que considera la solvencia y competencia con que cada autor aborda en cada caso el legado erudito que llegaba a sus manos - calibrando siempre además el limitado acceso a las fuentes que tuvo un Láscaris exiliado en Italia antes de la eclosión de la imprenta griega, un aspecto sobre el que el propio Láscaris no deja de llamarnos la atención.

Algunos de los escritos analizados son de gran complejidad por su redacción e interpretación, especialmente los textos musicales de Láscaris sobre el origen y evolución del canon septacordo y octacordo “inventados” por Orfeo y Pitágoras, algún texto astronómico o el recetario iatrosófico contenido en el *Vat. Ottob. gr.* 311, pero la autora hace un análisis de todos ellos con una competencia no frecuente a la hora de abordar temas tan difíciles y por otro lado tan propios de la formación universal de los bizantinos, esa ἐγκύκλιος παιδεία de la que Láscaris es un exponente más. Prueba de la amplitud de sus intereses son los textos médicos y de ciencias naturales de su biblioteca listados en la p. 132.

El núcleo más sugerente de su obra es sin duda el representado por su *Grammatica*, que le hizo justamente famoso y de la que se hicieron hasta siete ediciones desde 1476 hasta 1503. Su interés para nosotros reside sobre todo en que, a diferencia de la *Grammatica* de Crisoloras, podemos seguir su proceso de constitución, que Martínez Manzano desgana en las páginas que a ella consagra (pp. 133-163), donde trata además otros opúsculos gramaticales no exentos en algún caso de interés⁷. En el intrincado mundo de las tradiciones gramaticales de los gramáticos griegos tardíos la autora traza un panorama solvente, aunque se echa en falta una mención al libro de Robins sobre los gramáticos bizantinos⁸. Es interesante en cualquier caso ver el proceso de simplificación de categorías gramaticales emprendido por estos eruditos griegos en el exilio italiano, que se vieron obligados a adaptar la compleja casuística de la tradición gramatical a las necesidades prácticas de sus alumnos latinos. Este esfuerzo de adaptación y revisión crítica de su propia tradición (en este caso gramatical) por parte de los emigrados bizantinos en suelo extranjero sin duda no se habría producido si hubieran permanecido en Bizancio y es quizás no sólo una de las causas que explica la alta calidad de sus tratados, sino una de las claves del Renacimiento italiano.

La autora traduce a continuación el epistolario de Láscaris contenido en el Matr. 4620 (pp. 165-177), que no constituye el total de las cartas conservadas de nuestro autor, que quizás hubieran debido editarse y fecharse conjuntamente. Tanto la traducción de las cartas como la de los epigramas (pp. 177-179 - uno de ellos dedicado a Juan

⁷ Desgraciadamente la concepción del libro no le permite abordar con detalle alguno de estos interesantes opúsculos, como por ejemplo la panorámica que hace en el f. 33v del Matr. 4689 de la teoría antigua de las voces, que sólo menciona en p. 148 y que editó en la p. 205 de la edición alemana.

⁸ R.H. Robins, *The Byzantine Grammarians: their place in history*, Berlin 1993.

el hijo de los Reyes Católicos: “a éste, ay, la moira causante de muchas lágrimas lo arrebató inopinadamente / cuando vivir el tiempo de Néstor merecía”) están escasamente comentadas, pues se reenvía a bibliografía para la identificación de correspondientes o de destinatarios de los poemas. Hubiera gustado que Martínez Manzano hiciera una comparación de las cartas del Matr. 4620 con lo que ella llama borradores de algunas de ellas contenidos en el Matr. 4636 y que en algún caso son más extensos que la supuesta edición definitiva, pues ello arrojaría algo de luz sobre la constitución de estos *corpora* epistolares por parte de los autores bizantinos. Sigue finalmente una visión panorámica sobre la obra editorial de Láscaris como antologista de epigramas y proverbios (pp. 183-186) y una descripción de su diccionario de escritores griegos de la Magna Grecia (pp. 186-188), que nuevamente resultan en exceso sintéticas. Habría sido interesante, por ejemplo, que se detallara más lo que la autora afirma en la p. 185 cuando escribe que “numerosos manuscritos de la biblioteca de Láscaris presentan en el margen notas autógrafas del bizantino que llaman la atención sobre la aparición de epigramas en el texto”, para saber en qué medida estas anotaciones están en relación con los epigramas seleccionados en su antología. Algún ejemplo de las biografías de su diccionario nos habría servido también para comprobar su labor en esta obra⁹.

La parte cuarta y final (“Láscaris, humanista y filólogo”, pp. 189-212) analiza diversos aspectos de la actividad de nuestro humanista que no han sido considerados en las secciones anteriores y que tienen que ver con su labor de descubridor de textos antiguos (básicamente los *Posthomerica* de Quinto de Esmirna y la *Gigantomaquia* de Claudiano), a su labor como traductor (pp. 197-198), a su método filológico y crítico (pp. 199-204: la autora remite a estudios de Dieter Harlfinger y comenta la explicación semántica y morfológica que da Láscaris a dos términos, pero no aborda el complejo mundo de sus glosas y anotaciones) y a sus contactos esporádicos con Aldo Manucio (pp. 205-212). Completan el libro la bibliografía, índices y una ilustrativa selección de láminas.

La obra es en definitiva una documentada panorámica de la obra y personalidad de Láscaris hecha a partir de selecciones de sus textos, traducidos siempre con competencia y elegancia, algo que no es fácil si se considera la complejidad del griego original¹⁰. Las carencias arriba reseñadas tienen simplemente que ver con las necesarias limitaciones a que está sometido todo libro de estas características, en el que sólo se apuntan problemas que sin duda la autora abordará en futuras publicaciones.

JUAN SIGNES CODOÑER

⁹ No estoy tan seguro, como afirma la autora en p. 186, que Láscaris compusiera el diccionario en griego y un colaborador suyo tradujera la obra al latín, ya que ella misma alude en p. 198 a los amplios conocimientos de latín de Láscaris.

¹⁰ El único fallo reseñable en las traducciones es meramente ortográfico: la repetida acentuación del pronombre “ti”.